

Una escuela desnuda

Las paradojas del Che Guevara

Alejandro Varela

Durante 1967 a partir de un coloquio sobre la psicosis en la infancia, Lacan pronunció una célebre alocución cuestionando la falta de alusión a la sexualidad en dicho coloquio por parte de los expositores, recordando que Freud había propuesto: *el-ser-para-el-sexo*.

Con esta propuesta Freud desplazó el acento que durante siglos había dominado a la cultura: *el-ser-para-la-muerte*. Con esta última afirmación se designa al modo cómo las renunciaciones de los penitentes y ascetas cristianos aseguraban la contención del goce necesario para la vida espiritual.

John Berger también en 1967, ha señalado en un texto sobre el Che Guevara cómo hasta finales del siglo XVIII contemplar la propia muerte como posible consecuencia directa de un modo de actuar que fue elegido, implicaba para cualquier hombre la medida de su lealtad en cuanto servidor.

Enfrentado a su destino el hombre colocaba entre el significado de su acto y él mismo, un Poder: Dios, el Amo o el Rey.

Afirma Berger (1967):

...la muerte, que parecía ser un *fin* tan definitivo, es -para este hombre clásico- un *medio*, un tratamiento al que se somete en aras de unos resultados. Para él la muerte se asemeja al ojo de una aguja en la que es enhebrado. Ese es el modo de su heroísmo. (p. 46)

Después que la Revolución Francesa lleva al Rey a la justicia y lo condena esto ha cambiado. Más que la medida de la lealtad de un servidor, contemplar la propia muerte es la prueba del principio de la Libertad, la medida del amor por ella.

En el mismo texto al que hemos aludido, Lacan rememora su diferencia con el *órgano –dinamismo* de Henry Ey, sostenida en *Posición del inconsciente*, situando a la locura no como la falla contingente de las fragilidades de su organismo sino como una virtualidad permanente de una falla abierta en su esencia.

“Lejos de ser un insulto a la libertad”, –como Henry Ey afirmaba – “es su compañera más fiel, sigue su movimiento como una sombra”. (Lacan, 1967, p. 381).

Sin embargo, a pesar de que reivindica a la libertad apoyándose en sus colegas ingleses de la época, sobre todo en Cooper, entendida como libertad condicional dado que hacen falta tres generaciones para hacer un niño psicótico, Lacan da un paso más muy importante.

La ciencia –hacedora de esa libertad– que ha cuestionado todas las estructuras sociales –aquellas que nuestros penitentes sostenían – ha implicado que tengamos que vérnosla con el problema de la segregación. Volveremos sobre ello.

Berger (1967) también señala cierta ambigüedad esencial en esa defensa de la libertad que referíamos. Saint-Just condenado a la guillotina por Robespierre afirma frente a su sentencia:

Teníamos sobre nosotros los ojos de todos los tiranos cuando juzgamos a uno de nuestros semejantes; hoy, que cumplimos el destino más suave de reflexionar sobre la libertad del mundo, los pueblos, que son los verdaderos grandes de la tierra, nos contemplan a su vez. (p. 48)

Dios ha sido reemplazado por el juicio histórico de los pueblos: otra forma del Otro. Sin embargo hoy esta ambigüedad ha desaparecido: están los que contemplan lo insoportable del mundo y los que contemplan su propia fortuna. Otro modo de decir que el capitalismo

no crea lazo social, más bien lo desarma y ello redundando en el tema de la segregación a la que aludimos.

En este contexto el Che se hizo cargo de lo intolerable del mundo cuando decidió, agotadas las posibilidades, transformarlo. No se sometió a las leyes de la historia sino a lo que él pensó era la naturaleza histórica de su existencia. Llevó hasta el final el máximo posible de la conciencia de lo que es cognoscible. Contemplar su propia muerte no fue un programa ni una lealtad, sino la expresión de la paridad entre él y el mundo: la medida de su total compromiso por un lado, y su absoluta independencia por otro. El ojo de aguja de la muerte se ha cerrado: no hay nada que enhebrar, ni siquiera un futuro juicio histórico desconocido.

Veremos más adelante los alcances de este gesto inmanente –un oxímoron– y su relación con lo que hemos titulado como *escuela desnuda*.

Retornemos a la subversión sexual que Freud señala: en primer lugar, no se trata de ninguna pulsión genital, sino justamente de un verdadero tormento, como afirma Lacan, en relación a la genitalidad. Todos sabemos que el decir de la demanda del Otro que constituye la oferta de los significantes de la pulsión genera la estructura de las pulsiones parciales. El cuerpo responde como un eco a ello haciendo repercutir los significantes mediante sus apetencias que se especifican como orales, anales, escópicas o invocantes. Hablamos de tormento en relación a la genitalidad: efectivamente, ninguno de estos decires pulsionales indica un atractivo por un hombre o una mujer; ello depende del orden discursivo.

En *Posición del Icc...*, Lacan afirma que es por el Otro que el orden y la norma deben instaurarse, las cuales dicen lo que hay que hacer como hombre o como mujer. Nadie dice qué hay que hacer con las pulsiones, pero sí cómo hay que elegir y es con el cambio del Otro con lo que los *semblantes* también se modifican como los estudios sobre el género demuestran fehacientemente.

No solamente hay que recurrir a los estudios de género sino a la más simple de las psicologías para afirmar también que las diferentes

pantomimas sobre la elección cambian según el orden discursivo del que se trate.

Pero, a la hora del encuentro entre los cuerpos diga lo que diga el Otro, desde que las pulsiones son maquinaciones producidas por el orden significante, de lo que se trata es de la castración.

La subversión sexual freudiana implica que en el acto sexual logrado lo que está presente es la castración; de allí que el cuerpo a cuerpo no produce proporción sexual: el goce sexual es castrado.

Esta castración no tiene necesidad de ningún agente: no hace falta ni Dios ni el Edipo; debe disociarse del querer de todo Otro, le alcanza con el significante responsable para lo que se señala como *plus de goce*.

Nos dice Colette Soler (2015):

Este ser–para–el–sexo ya no puede ser pensado sólo con la versión familiar del Edipo, la falta fálica y las aporías del deseo tal como indicó Lacan al principio de su enseñanza. Sólo puede pensarse en relación al estatuto del goce y como maldición. (p. 34)

Si se alude al dispositivo escolar, sí interesa mucho el orden discursivo. Veremos cómo la alocución mencionada habla de la subversión sexual que el psicoanálisis introduce, pero también de la subversión social en la que la misma –la sexual– se despliega, con la consecuencia segregativa que implica.

La estructura de las pulsiones parciales no obedece a un orden natural como sí tiene el organismo. Recortan un cuerpo que es efecto del organismo transformado por la palabra, el que ha perdido la brújula instintiva que guía a las especies animales. Es un modo de decir que todo aquello que podemos calificar de humano requiere del Otro, de la puesta en obra del lenguaje, de la limitación del goce del viviente.

Todo ello tiene lugar en una historia individual propia de cada quién y está sujeto a marcas. Al respecto, Colette Soler ha realizado

una descripción de las mismas ordenándolas según su valor traumático ya que no todas lo son.

En el dispositivo escolar transitan niños, cercanos a las primeras experiencias de espanto a las que están expuestos: sin embargo no todas esas experiencias son así.

Existen satisfacciones reguladas por el principio del placer que confieren identidad y sentido de pertenencia asociadas a los hábitos alimentarios, la higiene, el tipo de sociedad, etc. que se configuran como *gustos*.

Por otra parte, las pulsiones se configuran provocando fijaciones que desembocan en los diferentes caracteres, proceso que Freud ha denominado *tipos libidinales*, como por ejemplo el carácter anal.

La oferta viene del Otro, lo que hace que el goce fijado en las pulsiones no sea del sujeto a pesar que determinen características subjetivas. Es por ello que se arman como mandato, no en el sentido simplemente de una orden, sino de una reverberación en el pensamiento.

¿Qué ocurre con lo específicamente traumático? Aquí es necesario referirse a lo que Freud denominaba desvalimiento.

Sabemos que Freud destacaba como vicisitudes de la pulsión la represión y la sublimación, y que Lacan agrega su deriva en el lenguaje.

Así como los tipos libidinales evolucionan vía esos medios, el desvalimiento que queda en la memoria no se reprime, se repite.

La repetición en acto que se pone en juego en el amor y en la transferencia sorprende a Freud quien se ve obligado a reconocer que otro principio que ya no es del placer guía la conducta humana y que denomina pulsión de muerte.

Estas experiencias traumáticas no refieren a la pulsión en sí que no es decepcionante, sino a lo que viene o mejor dicho no viene del Otro.

Para Colette Soler (2015):

Freud describe a Otro que sólo podrá decepcionar, de manera triple a la vez, a la espera del amor, a la exigencia de un saber

sobre lo sexual y a la aspiración a la creación. En el fondo lo traumático es el sin salida de la demanda. (p. 66)

Por lo tanto, las marcas traumáticas se corresponden con la respuesta decepcionante del Otro a las exigencias pulsionales. En ese sentido no habría que afirmar que el sujeto repite, sino en rigor que *es repetido*.

Así es que de este modo, niñez y adultez comparten este destino: el sujeto no tiene opción. Es lo que Lacan llamaría *automaton*. La única diferencia es que en el niño se da por primera vez.

El tiempo Uno de la experiencia decepcionante queda propiamente marcada por el rasgo unario, generador de sujeto, y ahí se repite, quedando marcada como experiencia perdida. Luego se repite el rasgo como repetición de la pérdida.

El rasgo unario no es el significante de la metáfora que hace sujeto sino simplemente el índice como *un uno contable* que asegura a perpetuidad el reencuentro con la pérdida. Este rasgo que inscribe al sujeto en el goce está estrechamente ligado a lo que Lacan habrá de denominar *Hay Uno*. Lo que se repite finalmente es la no relación con el Otro, el encuentro fallido, por eso se puede decir, tal como se insiste mucho actualmente, que el análisis no detiene la repetición sino que la incita. Esa es también la razón por la que se insiste en el análisis como identificación del sujeto con el síntoma.

Ocurre que ese rasgo también es constitutivo del Ideal del yo a partir de un rasgo tomado en préstamo del Otro y toma la función de la identificación inscribiendo un lugar en vez del *Uno-Todo-Solo*. Esto es sumamente importante porque permite al sujeto tomar un lugar en la sociedad.

Nos vamos acercando a lo más intenso acerca de la subversión social. ¿Qué hay de la sociedad hoy día? ¿Qué ocurre con la posibilidad de instauración del Ideal a partir de una igualación generalizada en la que se impone la circunstancia que sostiene que todos somos iguales? ¿Qué escuela es posible en esas circunstancias?

Precisemos que lo que ocurre en los encuentros contingentes – *tiché*– diría Lacan es que lo que se repite es el desencuentro, ese *Uno*

–*Todo–Solo* que con la ilusión del encuentro parecería cesar de escribirse.

Un hombre encuentra a una mujer por azar: lo que se repite en el sujeto es *un–todo–solo* ya que en los encuentros el sujeto se encuentra con *su* objeto con el que hace lazo: ese es el trauma de origen y de alguna manera lo que hace que en el hombre persista un niño.

Para considerar el dispositivo escolar con la dimensión de subversión social que iremos aproximando lo importante a tener en cuenta de la decepción, es que al Otro inherente a la regulación se le da cuerpo en los otros individuales.

Hemos afirmado que en lo traumático el Otro es decepcionante. Ocurre que hay diferentes modos de decepcionar.

Si en “El saber del psicoanalista” Lacan habla para todos los casos del padre traumático quien no sabe todo del goce, el goce que por ende queda expuesto está referido a diferentes niveles de obscenidad.

Los malos tratos, la abundante literatura sobre los abusos dan cuenta de cierta forma de esta obscenidad que paradójicamente se verifican –veremos enseguida– en una sociedad exageradamente temperada como la nuestra.

Esa temperancia que en sí es una virtud, en una sociedad igualitaria a ultranza, que no define lugares ni jerarquías no asegura una regulación, sino que propende a una violencia generalizada.

Múltiples formas puede adoptar el desvalimiento: separaciones, enfermedades, duelos, abusos, disposiciones contingentes de fijación de goce que pueden adoptar forma de rasgos perversos, aquello que Freud llamaba disposición individual al trauma, etc.

Todo lo que hemos expuesto como *automaton*, como repetición que viene del Otro y lo padece el sujeto, es inexorable.

Es en ese sentido que el niño está prematuramente ubicado en relación a estas aporías. Inhibido de disponer de un cuerpo adecuado, padece de fantasías que ubica en una ilusión de completamiento en la idea que los padres saben hacer con el goce pensando que allí habría proporción.

El adolescente, por otra parte, no el púber que es un tema del organismo, sí está corporalmente preparado, pero tiene que esperar: *atrás su reloj*.

Por encima, en la precocidad de los encuentros cuyo fundamento veremos enseguida, redobla la decepción de la infancia: al desencuentro esencial de la no relación sexual, le debe agregar la desilusión de aquella expectativa que se había hecho en la infancia.

El problema segregativo que se plantea es que la inexistencia de las jerarquías hace pensar que dicha desilusión es intolerable. Se debe gozar y es difícil que los niños entiendan que no: el fracaso de la inscripción en el ideal que supone diferencias, deja el campo libre para prácticas de segregación que no tienen que ver con el ideal sino con prescripciones que en general no funcionan.

Diríamos que se organizan espacios de segregación *reales* y no simbólicos, desde prohibiciones de acceso a la pornografía hasta fallidas restricciones en el consumo de bebidas alcohólicas.

La segregación consiste en que es correcto y notorio que existan, pero no hay sujeto efecto del Ideal, que siempre comporta diferencias en la que ello tenga lugar.

Dice Colette Soler (2015, p. 112): “Los deseos infantiles mantienen junto con el fracaso de las esperanzas, el sentimiento del fracaso y del amor”. Todo ello se juega en el campo del amor.

Frente a la impotencia en que lo sume al sujeto la repetición, el sujeto no es responsable. Esto ha traído en la clínica el problema de la identificación con el síntoma pensando que todo se reduce a problemas de goce.

El psicoanálisis tiene una dimensión ética y en ese sentido identificarse al síntoma es hacerse responsable por él. No es posible separarse de las modalidades de goce, pero sí del Otro: es lo que llamamos dimensión ética que es un modo de hacer frente a lo real, a aquello que no depende de nadie, sino al hecho de ser un cuerpo hablante.

¿Dónde estamos hoy?: el texto de Lacan al que hemos hecho alusión varias veces: *Alocución sobre las psicosis* es solidario de la *Proposición del 9 de octubre*, y en ambos se subraya el papel que le cabe al psicoanalista dada la subversión social de la época.

Los estudios de género le han dado la razón a Lacan cuando éste cuestionaba la maduración y la relación de objeto adecuada como resultado de una genitalidad lograda y la homosexualidad como un residuo infantil pre-genital.

Cuanto más avanza la caída de la hipótesis naturalista, más arremeten las teorías biológicas acerca de la causa de los trastornos mentales casi como si fueran un reflejo, pero la partida está resuelta.

La pregunta que se impone es ¿cuál es el modo que se da la sociedad para normalizar la sexualidad? La respuesta parece ser el consentimiento del partenaire, por ello se pena fundamentalmente la violación y la pedofilia.

Por otra parte, otro fenómeno inherente a esta época que Lacan calificaba como de subversión social es la homologación de niños y adultos.

Que ser joven está de moda no es ninguna novedad. Da la impresión que ha caído el ideal de la universalidad racional propia del adulto. Es en este sentido en que anticipábamos que lo que se denomina confianza simbólica –que siempre comporta disparidad– es reemplazada por prescripciones reales que en general no funcionan.

En la *Alocución*, tras describir los efectos del discurso de la ciencia promoviendo entre otras cosas el derecho al nacimiento, la libre disposición del cuerpo y su uso social, rápidamente afirmemos: se trata del derecho al goce, Lacan concluye que de ello es posible extraer como consecuencia la idea de *niño generalizado*.

Así es que señala que André Malraux habría recibido de un clérigo según consta en sus *Antimemorias* la idea que no hay más personas mayores, concluyendo Lacan de ese comentario que es de ese modo cómo se signa la entrada de todo un mundo en la vía de la segregación.

Segregación, niño generalizado y no hay personas mayores: Colette Soler describe claramente la diferencia entre una masa y una multitud. Una multitud –ya lo dijo Freud– es un colectivo ordenado en un lazo social, mientras que una masa es un agregado de individuos. No se definen por el número, es más, a mayor caída del lazo

social más necesidad de elevar el número, por ejemplo la preocupación por el rating.

El problema es ¿cómo arreglárselas para que masas humanas destinadas a compartir un mismo espacio, no solamente geográfico, sino familiar, llegado el caso, permanezcan separadas? Solamente queda la segregación, es decir dividir en campos el espacio, es decir tratarlo por medio de lo real.

Cada uno con su habitación, a cada cual su escritorio, su computadora, etc. El lazo social, por el contrario, permite vivir juntos, cohabitar, es sabido que transforma los meramente prójimos en semejantes. No hay lazo social cuando no hay confianza simbólica.

Ocurre que el lazo social implica disparidad. El S1 en cualquier discurso está en posición de agente y es distinto del el S2, aquello que designa.

Traducido al funcionamiento social es la adjudicación de funciones: amo–esclavo, analista–analizante, maestro–alumno.

Esta es la época de la paridad, no de la disparidad, del imperio de los derechos individuales en medio del aflojamiento de los lazos sociales. ¿Qué ocurre con nuestra escuela en dichas circunstancias?

La disparidad implica una modalidad común de goce pero con diferencias en el ejercicio de las funciones. En la masa todos tienen el mismo derecho a goces diferentes y ahí es que se produce el problema con la autoridad, la que es difícilmente consentida.

Varias consecuencias se siguen de estas circunstancias. La más evidente es la sustitución de un goce regulado por el lazo social, en detrimento de un derecho al goce de cada uno vía los derechos individuales, lo que está presente tanto en el dispositivo escolar como en el escenario del análisis.

Las dos manifestaciones más evidentes son las del niño tirano y las de los padres violentos: cada uno tiene derecho a su goce. No puede haber lazo social si lo que predomina es el derecho al goce.

Tanto el deseo de aprender como el de analizarse se sostienen en el lazo social porque la disparidad genera satisfacer al Ideal del yo: recordemos la inscripción del rasgo unario como significante tomado en préstamo del Otro para la inscripción del sujeto en la vida social.

Esto que aparece como externo se transforma en un conflicto interior. Completar lo que falta. Hoy lo que falta se transforma en demanda de reconocimiento de lo que hay. ¿Cómo es posible educarse en ese esquema?

De hecho, las demandas de análisis no son reconocimiento del síntoma sino signos de una paranoia generalizada a través de la cual quien pide un análisis seguramente es víctima de alguna injusticia. Ni qué hablar de la violencia escolar.

Justamente la ausencia del pacto que es violencia regulada es reemplazada por una violencia generalizada donde se sustituye a otro que no está por un otro del Otro, por ejemplo los comités de ética.

Autoridad hay, pero parece que más que la de los semblantes de los discursos establecidos es la de las autoridades carismáticas: puede más el encanto que el Ideal.

Esto es clave: pueden existir ordenamientos, pero si carecen de confianza simbólica sólo pueden imponerse y de manera anárquica. Ahí se verifica la inexistencia del lazo.

Hace ya muchos años que Guy Debord afirmaba que los niños del momento, se parecían más a su tiempo que a sus padres.

Así es que esta desregulación tiene una consecuencia más, el imperio del amor. Exigencias hechas en nombre del amor. A veces la renuncia narcisista funciona, pero desde ya que no es suficiente para regular el goce.

Ante todo ello en los textos de referencia, Lacan lejos de pontificar alrededor de estas circunstancias dirige su discurso a los analistas, lo que pretendemos también hacer extensivo a algunas modalidades del dispositivo escolar.

Dice Lacan (1967):

Toda formación humana tiene por esencia y no por accidente, refrenar el goce. La cosa se nos aparece desnuda, y ya no a través de esos prismas o lentes llamados religión, filosofía...hasta hedonismo, porque el principio del placer es el freno del goce. (p. 384)

La cosa desnuda con la caída de todos esos prismas también interpela la escuela, desnuda por consiguiente.

Una escuela desnuda de ideales o en todo caso absorba a partir del derecho al goce intentando vanamente imponer la autoridad de los maestros. El amor no alcanza para refrenar el goce.

Hemos hablado del Che Guevara identificado a su desnuda decisión. Con Berger hemos afirmado que más que identificarse a las leyes de la historia e intentar transformarlas, su vida desnuda adquiere dimensión histórica.

Ricardo Piglia ha hecho referencia a la soledad y desnudez del Che. Si bien Piglia reconoce la profunda diferencia que habría entre la lectura y la política que caracteriza la vida del Che, describe la conocida opción que toma.

Igual que Berger hace referencia a la *Carta de despedida* que Guevara dirige a sus padres donde describe cómo una voluntad que ha pulido con delectación de artista sostendrá unas piernas flácidas y unos pulmones cansados.

A diferencia de Berger quien encuentra en esa frase la confirmación de la soledad existencial de Guevara que identificado a su puro cuerpo opta por la equivalencia con el mundo que ya no lo representa y que le es insoportable, Piglia hace referencia a su condición de artista como escritor fracasado.

Triunfó el político donde fracasó el escritor dice en numerosas ocasiones el mismo Guevara.

Sin embargo el Che también escribió, y ello fue porque leyó.

El mismo Guevara cuenta en *Pasajes de la guerra revolucionaria*, que cuando cae herido tras el desembarco del *Granma* en tierras cubanas, piensa en un personaje de Jack London desnudo de toda referencia a su vez, enfrentado a la muerte.

Este personaje enfrentado a su muerte por congelamiento en las frías montañas del Yukón desecha pensamientos sobre la inmortalidad, el sentido de la vida, etc., para recibir la muerte con dignidad.

La lectura en Guevara no es una interpretación del mundo desde fuera de él, como dice Piglia (2013): es la de “*alguien que encuentra*

en una escena leída un modelo ético, un modelo de conducta, la forma pura de la experiencia”. (p. 265)

Un modelo ético basado en la tensión entre la política y la lectura como formas de experiencia en una época que proféticamente ya se le presentaba huérfana de ideales.

De hecho el Che no cuenta su experiencia, es la experiencia misma, y a la vez la soledad intransferible de la experiencia. Es el que quema su vida en la llama viva de la experiencia y hace de la política y la guerra el centro de esa construcción.

Y lo que propone como ejemplo, lo que transmite como experiencia, es su propia vida.

Al Che los libros le pesaban y dificultaban su acción nómada como líder de la guerrilla, pero en algunas de sus cartas, los equipara al inhalador con el que intentaba controlar su asma.

Hay una famosa fotografía que lo muestra en sus últimos días de vida encaramado en un árbol en Bolivia, leyendo.

Si bien él se encargaba de situar la lectura como dificultad, Piglia (2013, p. 295) insiste en que la representación del Che como intelectual lo hace aparecer como representante “puro de la construcción del sentido (o de cierto modo de construir el sentido, en todo caso)”, lo que se acerca mucho a la interpretación de Berger.

Dos lugares supuestamente antagónicos, antagonismo que pretendimos resolver, se reúnen definitivamente y sin lugar a dudas, en su muerte.

Cuentan que en la escuela de La Higuera la noche previa a que lo asesinaran solamente lo asiste, en ese lugar solitario y desnudo, la maestra: Julia Cortés.

Tirado en el piso, herido, el Che dirige a la maestra sus últimas palabras. Con la mirada fija en el pizarrón dice observando una frase escrita: *le falta el acento*.

La frase decía: *Yo sé leer*. Una lectura hecha de lo mismo que su compromiso político: pura experiencia sin anclaje, sin ideales, como si hubiese suplido con su decisión y su propia vida la caída de aquel *ser-para-la-muerte* que destacábamos al principio.

Los docentes tropiezan también con su propia desnudez albergando tal vez en su propuesta alfabetizadora una posibilidad de experiencia.

En estas épocas de goce desanudado, de caída del Otro, de niños a la deriva confundidos con adultos, tan a la deriva como ellos, seguramente encontrarán alguna maestra que los asista, y con el acento bien puesto, después de respirar con oxígeno suficiente, nos dirán: *Yo sé leer.*



Resumen: El Che Guevara asume su compromiso político en épocas de desplazamiento de cualquier ideal. John Berger ha señalado cómo esa desnuda existencia permite pensar su naturaleza propiamente histórica sin someterse a las leyes de la historia. Lacan ha señalado la dificultad para refrenar el goce en épocas sin ningún ideal, en la que el *niño generalizado* sustituye la confianza simbólica por la segregación. En ese contexto de desnudez de ideales, la escuela se propone solamente como capaz de alfabetizar tal como el Che, mentado por Ricardo Piglia, es representante.

Descriptor: Sexualidad, Experiencia, Niño generalizado, Segregación, Desnudez.

A naked school. The Che Guevara's paradoxes

Abstract: The Che Guevara assumes his political commitment in times of displacement of any ideal. John Berger has pointed out how that naked existence allows thinking about his properly historical nature without submitting oneself to the laws of history. Lacan has mentioned the difficulty in restraining enjoyment in times without any ideal, in which the generalized child substitutes symbolic trust for segregation. In this context of ideals' nakedness, the school proposes itself only as capable of literacy education just as the Che is a representative, according to Ricardo Piglia's words.

Keywords: Sexuality, Experience, Generalized child, Segregation, Nakedness.

Uma escola nua. Os paradoxos de Che Guevara

Resumo: El Che Guevara assume seu compromisso político em épocas de deslocamento de qualquer ideal.

John Berger há apontado como essa existência nua permite pensar sua natureza histórica própria sem submeter-se às leis da história. Lacan há apontado a dificuldade para refrear o gozo em épocas sem nenhum ideal, em que o menino generalizado substituye a confiança simbólica pela segregação. Nesse contexto de nudez de ideais, a escola propõe-se somente capaz de alfabetizar tal como o Che, citado por Ricardo Piglia, é representante.

Palavras-chave: Sexualidade, Experiência, Menino generalizado, Segregação, Nudez.

Alejandro Varela: Psicoanalista. Ex miembro fundador de Propuesta Psicoanalítica Sur. Autor de *Paradojas en la infancia*. Editorial Letra Viva. Buenos Aires. 2008. Supervisor desde 1980 en diferentes hospitales de nuestro país: Piñero, Elizalde, Gandulfo, Argerich y actualmente en el Centro Educativo Para Niños Con Trastornos Emocionales Severos y en el Hospital de día del Hospital Carolina Tobar García. Docente en el Hospital Carolina Tobar García. Ha dictado cursos en diferentes instituciones de Buenos Aires, Santa Rosa, Río de Janeiro y Belo Horizonte. Autor de numerosas publicaciones en diferentes medios psicoanalíticos y educativos, ha sido colaborador de la Revista Imago y actualmente colabora frecuentemente en la revista de APdeBA y en Controversias, revista digital de la institución.

Referencias

- Lacan, J. (2012). Alocución sobre las psicosis en el niño. *Otros escritos*. Buenos Aires. Paidós. Texto original de 1967.
- Berger, J. (2016). Che Guevara. *La apariencia de las cosas*. Barcelona. Gustavo Gili. Texto original de 1967.
- Soler, C. (2015). *Lo que queda de la infancia*. Buenos Aires. Letra Viva.
- Piglia, R. (2013). *El último lector*. Buenos Aires. Anagrama.

